¿Qué hay en el corazón del hombre? ¿Qué hay en mi propio corazón? Las palabras que hoy nos dice Jesús son profundamente actuales, no podemos quedarnos tranquilos como si sólo se dirigieran a los representantes de la ley y religión judía. Quizás hoy, como nunca antes, debemos hacernos seriamente esta pregunta.

De repente ante tantos atropellos, injusticias, asesinatos, profanaciones, violaciones, y tanta perversidad que nos encontramos, tenemos la tentación de pensar que con atacar las causas exteriores, con cárceles y castigos se puede solucionar el problema. Pero la verdad es que el problema es mucho más grave: lo que está deteriorado es el corazón del hombre. Nuestra reflexión nos debe llevar a mirar qué hay en este corazón y de qué se alimenta. Cristo nos enseña que las cosas externas no contaminan al hombre, y sobre todo se refiere a la superficialidad con que los dirigentes judíos pretendían juzgar a las personas y condenar ciertos alimentos.

Pero también es cierto que un corazón tendrá en su interior aquello de lo que se ha nutrido. Es imposible querer tener jóvenes limpios y entusiastas si la mayor parte de su tiempo están recibiendo miles de imágenes de violencia, sexo y prepotencia del poder. No podemos esperar frutos de la Palabra de Dios, si no sembramos esa palabra en los corazones de los niños y en cambio su educación (o información) se reduce a las caricaturas, las maquinitas de pleitos y guerras, y las imágenes que sugiere la televisión.

Tendremos que preocuparnos grandemente por todo lo que está saliendo del corazón del hombre moderno. Los crímenes que a diario nos narran, no son ya ni siquiera la injusticia y la violencia, sino aparecen hechos con frialdad, con odio, con total desprecio a la dignidad humana. Esto nos debe preocupar y mirar qué remedios podemos aportar para sembrar verdad y bondad en el corazón del hombre, de los jóvenes y de los niños.